

Migración chilena, pueblos originarios y discursos sobre Bariloche: reflexiones en torno a las representaciones hegemónicas en la historia reciente¹

José Daniel Benclowicz²

Resumen

Este artículo indaga en torno al despliegue de las representaciones dominantes sobre la historia de Bariloche en una etapa singular: la que se inicia hacia la década de 1960, caracterizada por un proceso de migración masiva de trabajadores chilenos y de las áreas rurales cercanas hacia la ciudad. En este sentido, se trata de analizar la dinámica entre la circulación de un conjunto de discursos y representaciones hegemónicas con el propio contexto en que fueron desplegados. Así, la magnitud del flujo migratorio y las condiciones de superexplotación de estos trabajadores son puestas en relación con la construcción de determinada territorialidad que favorece la reproducción de las condiciones de dominación.

Palabras clave: Historia reciente de Bariloche, Representaciones hegemónicas, Migración

Abstract

This paper investigates the deployment of the dominant representations about the history of Bariloche in a particular stage: the one that starts towards the 1960s, characterized by a process of massive migration of workers from Chile and nearby rural areas. In this sense, we analyze the dynamics between the circulation of hegemonic discourses and representations, and the proper context in which they were deployed. Thus, the magnitude of migration flows and the conditions of super-exploitation of workers are placed in relation with the construction of certain territoriality that favors the reproduction of the conditions of domination.

Key words: Recent history of Bariloche, Hegemonic speeches, Migration

¹ Este trabajo fue realizado en el marco del proyecto PICTO 2010-0184 “Desarrollo y representaciones de los barrios populares de Bariloche (1970-1990)”, financiado por ANPCyT-UNRN (Argentina). Agradezco a Ana Carfagnini, Mariana Da Silva y Victoria Iglesias por su entusiasta colaboración

² IIDyPCa, CONICET/UNRN. Correo electrónico: jd.benclowicz@gmail.com

“Os han prevenido contra mí en una edad que ordinariamente es muy crédula, porque erais niños la mayor parte o muy jóvenes cuando me acusaban ante vosotros en plena libertad, sin que el acusado los contradijese... Pues bien atenienses, es preciso defenderse y arrancar de vuestro espíritu, en tan corto espacio de tiempo, una calumnia envejecida y que ha echado en vosotros profundas raíces. Desearía con todo mi corazón que fuese en ventaja vuestra y mía y que mi apología pudiese servir para mi justificación. Pero yo se cuán difícil es esto, sin que en este punto pueda hacerme ilusiones”

Apología de Sócrates (Platón, 1993:2)

Introducción

Durante los últimos años se ha manifestado un significativo interés en torno a la configuración del espacio patagónico. Sobre el caso de Bariloche, ciudad que se desarrolló como uno de los principales centros turísticos de la Argentina, y que tiene una dilatada historia de relaciones con Chile, distintos trabajos han profundizado sobre la conformación del territorio y sus especificidades durante las primeras décadas del siglo XX, contribuyendo a la superación en el ámbito académico de las visiones nacionalistas y xenófobas. Sin embargo, es bien conocido que tales visiones persisten ampliamente entre el conjunto de la población, incidiendo no sólo en la construcción de la historia sino también en los modos de pensar e interpretar el presente. Una breve anécdota servirá para ilustrar este hecho. Ocurrió hacia finales de 2011, cuando las consecuencias de la erupción del volcán Puyehue-Cordón Caulle iniciada en junio de ese año se dejaban sentir fuertemente en Bariloche, y el propio volcán no había cesado su actividad, considerándose la situación de “alerta roja”. En ese contexto, las autoridades argentinas mantenían restricciones para el tráfico de camiones por el paso fronterizo Cardenal Samoré, afectado por la erupción; señalaban que la ruta no era segura en ese tramo para el paso de vehículos de gran porte. Las autoridades chilenas, preocupadas por las consecuencias que estaba teniendo la medida en perjuicio de empresas de ese país, reclamaban la reapertura completa del paso argumentando que las condiciones de circulación habían sido normalizadas, y que no era coherente permitir el paso de vehículos particulares e impedir el de camiones. El diferendo se discutía al aire en una radio local –una de las pocas consideradas “progresista” en la ciudad–, que se puso en contacto con un periodista chileno. Ante la exposición de este último de los planteos que desplegaba el gobierno de su país, el locutor barilochense procuró desestimarlos agregando al argumento oficial que las autoridades trasandinas no debían tener pretensiones y que sus intereses económicos debían postergarse dado que, después de todo, el origen del problema que afectaba no sólo esos intereses, sino fuertemente los de la

ciudad, había sido la erupción de un volcán ubicado en su territorio. En ese sentido, las autoridades argentinas tenían derecho de adoptar las medidas que considerasen pertinentes. El locutor asignaba, probablemente sin advertirlo, la capacidad de ejercer soberanía sobre los fenómenos naturales, y por lo tanto la responsabilidad de un fenómeno natural que afectaba a la población de la región recaía sobre la nación donde está localizado el volcán. El planteo, que movería a risa si no fuera por que se desenvuelve sobre cierta lógica xenófoba vinculada a la construcción de lo extranjero como pernicioso, invita a indagar en torno a la producción y reproducción de una representación que evidencia profundas raíces, capaces de animar acusaciones estigmatizantes hasta el absurdo.

En este sentido, si bien existen trabajos que identificaron la circulación de determinadas informaciones e imágenes que apuntan a construir una ciudad con conflictos provocados por agentes “externos”, asociados frecuentemente con la inmigración chilena (véase por ejemplo Fuentes y Núñez, 2007; Kropff, 2002), las modalidades y el contexto del desarrollo de los discursos xenófobos en la historia reciente de la región ha sido poco explorado. Este artículo se ubica en ese campo, atendiendo en particular al despliegue de las representaciones dominantes sobre la historia de Bariloche en una etapa singular: la que se inicia hacia la década de 1960, caracterizada por un proceso de migración masiva de trabajadores chilenos y de las áreas rurales cercanas hacia la ciudad. Así, se trata de analizar la dinámica entre la circulación de un conjunto de discursos y representaciones hegemónicas con el propio contexto en que fueron desplegados. Así, la magnitud de flujo migratorio y las condiciones de superexplotación de estos trabajadores son puestas en relación con la construcción de determinada territorialidad que favorece la reproducción de las condiciones de dominación. En línea con los aportes teóricos de la geografía crítica, parto de considerar al espacio geográfico como construido históricamente, y por lo tanto determinado política, social y económicamente (Harvey, 2007; Santos, 1996). Concebidos de esta manera, los territorios, en tanto espacios apropiados por sujetos, sintetizan relaciones de explotación y de poder. En particular, los discursos hegemónicos sobre el territorio juegan un papel central en el proceso de apropiación de los espacios, contribuyendo a legitimar relaciones sociales determinadas. En este sentido, se trata de indagar acerca de qué tipo de discursos sobre el territorio y la población acompañaron la afluencia masiva de trabajadores sin recursos y la persistencia de severas condiciones de vida.

En trabajo está organizado de la siguiente manera: en el primer apartado se examina el desarrollo demográfico de Bariloche sobre la base de los datos estadísticos disponibles, poniéndolo en relación con las representaciones hegemónicas sobre el tema; en el segundo me detengo sobre el conjunto de significaciones que se multiplican a partir de finales de la década de 1960; en el tercero

analizo las continuidades y desplazamientos de representaciones en distintos libros sobre la historia de la ciudad. En el último apartado se expongo las reflexiones finales.

Migración e “inexactitud”

La ciudad de Bariloche registró históricamente un ritmo sostenido de crecimiento poblacional, aunque a partir de los años ´60 y hasta los ´80 la afluencia de migrantes alcanzó una magnitud destacada, pasando de 15.995 habitantes en 1960 a 26.799 en 1970, a 48.222 en 1980 y a 81.001 en 1991. La tasa de crecimiento poblacional intercensal, que se ubicó en esos períodos entre el 68 y el 80 por ciento, superó ampliamente el crecimiento medio provincial, de entre el 31 y el 39 por ciento. Para 1980, Bariloche ya encabezaba el ranking de las ciudades más pobladas de la provincia de Río Negro (INDEC 1960; 1970; 1980 y 1991). La aceleración de la afluencia migratoria registrada a partir de esos años está asociada al aumento de la demanda de mano de obra, empleada en obras de infraestructura, construcciones urbanas y en actividades asociadas a emprendimientos turísticos, entre otras.

Parte importante de este flujo migratorio provino de la vecina República de Chile. Desde principios del siglo XX, cuando la localidad apenas contaba con unos centenares de habitantes, los inmigrantes chilenos resultaron clave para el desarrollo de la región, aportando buena parte de la fuerza de trabajo que requirieron los variados emprendimientos capitalistas que se desplegaron a lo largo del siglo. Hacia 1920, cuando se realizó el Censo General de los Territorios Nacionales, cerca de la mitad de los habitantes de Bariloche eran extranjeros; de ellos el 78% era chileno (Matosian, 2010). En este sentido, la situación de las primeras décadas del siglo XX ha sido objeto de distintos estudios, que muestran que Bariloche es un ejemplo de una dinámica más general, que abarca a la Patagonia argentina en su conjunto. La bajísima densidad poblacional de esta región, que limitaba las posibilidades del desarrollo capitalista, fue compensada con la afluencia de trabajadores chilenos (Cerrutti y Pita, 1994; Gobantes, 2011; Jensen y Perret, 2011; Muñoz Sougarret 2011; Méndez y Muñoz Sougarret, 2012).

Por otra parte, y a pesar del carácter fragmentario de los datos disponibles, un análisis de los Censos Nacionales de Población permite concluir que la inmigración chilena fue predominante en la región en todo momento. Hacia 1947, la provincia de Río Negro contaba con 7895 inmigrantes provenientes de países de América del Sur; de ellos, un abrumador 94 por ciento era de origen chileno (INDEC, 1947). Si bien los datos de población extranjera por país de procedencia no están disponibles a nivel de departamento o localidad, dado el carácter limítrofe de Bariloche y la

conocida historia de intercambios y circulación a nivel regional (Bandieri, 2005; Méndez, 2011) es posible una aproximación a partir del agregado de inmigrantes provenientes de América del Sur. El Censo de 1947 contabiliza en el departamento Bariloche 1.831 inmigrantes de países sudamericanos. Una estimación conservadora, sobre la base del 94 por ciento de chilenos entre los extranjeros provenientes de países de América del Sur en la provincia de Río Negro, arroja un total de 1.648 habitantes. La cifra, que se refiere únicamente a la población chilena en Bariloche, supera al total de inmigrantes de países europeos, que asciende para esa época a 1.313.

A contramarcha de lo que sugieren los datos censales disponibles, en la ciudad de Bariloche circulan hasta el día de hoy un conjunto de discursos hegemónicos que asocian demográficamente el origen y el crecimiento de la ciudad a la afluencia de población europea. El vocablo “pioneros”, ampliamente utilizado a nivel local para referirse a los primeros pobladores, es asociado justamente a un conjunto de inmigrantes europeos que arribaron a la región durante la primera mitad del siglo XX. La circulación de esta “inexactitud” se ve reforzada por su reproducción en distintos medios de comunicación y textos de autores locales (véase, entre otros, Biedma, 1987; Cornaglia, 1991; Vallmitjana, 1989); por su adopción a nivel oficial (Municipalidad de San Carlos de Bariloche, 2007); e incluso, aunque en menor medida, por su reproducción dentro del ámbito académico (véase por ejemplo Schlüter, 1994).

Más adelante me detendré sobre los sentidos de esta inexactitud ampliamente difundida. Digamos por el momento que el problema guarda estrecha relación con la historia reciente de Bariloche, que ha sido hasta el momento poco estudiada, y con el peso específico de la inmigración chilena. En este sentido, el examen de los censos de población aporta nuevamente indicios valiosos. Después de la oleada migratoria 1960-1990, los datos censales indican el incremento de la inmigración chilena con relación al total de población extranjera. En 1980, de un total de 9.881 extranjeros que residían en el departamento Bariloche, 7.253 provenían de países limítrofes, y tan sólo 2.628 de países no limítrofes (INDEC 1980). Para 1991, a nivel provincial el Censo contabiliza 46.248 habitantes de origen chileno sobre 51974 extranjeros provenientes de países limítrofes, es decir un 89 por ciento. En el departamento Bariloche, de un total de 13.427 extranjeros, 10.511 provenían de países limítrofes, y 2.916 de países no limítrofes (INDEC, 1991). Extrapolando el porcentaje de chilenos a nivel provincial, surge que cerca de 9.355 inmigrantes provinieron de la república trasandina, más de tres veces que el total de inmigrantes de países no limítrofes.

Al igual que en el caso de la población proveniente de parajes cercanos, la migración chilena en cuestión tiene un carácter social significativo, en la medida en que es atraída por la posibilidad real o potencial de mejorar sus condiciones de vida en un contexto general de expansión de la economía de la ciudad. Como muestran distintos trabajos, todo indica que tal expectativa fue pocas

veces satisfecha, y que buena parte de esos migrantes no lograron satisfacer sus necesidades básicas, situación que perdura hasta la actualidad (Matossian, 2010; Benclowicz, 2012). De este modo, el sistemático aporte poblacional que resultó fundamental para el desarrollo económico de la ciudad, no parece haber dado lugar al acceso a derechos sociales a parte importante de los migrantes chilenos y de los parajes cercanos, relacionados con comunidades preexistentes al control efectivo del territorio por parte de los estados nacionales (Kropff, 2002).

A su vez, la política de tierras implementada por las distintas administraciones desde principios del siglo XX, especialmente a partir de la creación del Parque Nacional Nahuel Huapi,³ fue la de habilitar el loteo de una enorme cantidad de hectáreas independientemente de la ocupación efectiva de las tierras (Abaleron, 1992). Así, hacia 1964, en 40 loteos realizados en décadas anteriores, se contabilizaban 4202 lotes de los cuales sólo 286 estaban construidos, es decir, el 93,6 por ciento permanecían como terrenos baldíos (Hardoy, 1964: 49). Esta política, desarrollada en forma sostenida, alentó la especulación inmobiliaria (Lolich, 2007) e imposibilitó el acceso a la tierra de los migrantes sin recursos materiales que comenzaron a instalarse en los lotes desocupados, bajo modalidades sumamente precarias y a merced de los desalojos (Matossian, 2010). La situación de los trabajadores de origen chileno se vio particularmente agravada por la vigencia del Decreto Ley 15.385/44 de Creación de Zonas de Seguridad en las áreas de frontera, que declaraba “de conveniencia nacional que los bienes ubicados en la zona de seguridad pertenezcan a ciudadanos argentinos nativos” (*Boletín Oficial de la República Argentina*, 1945),⁴ lo cual no evitó en cambio la creciente extranjerización de la propiedad de la tierra de la zona en beneficio de grandes capitales.⁵

Volvamos entonces a la cuestión de la inexactitud. En función de lo dicho hasta aquí, quedan insinuados los problemas que supone desde la perspectiva de los sectores dominantes la atribución de la figura sacrificada y heroica del “pionero”, cercana a la proceridad, a una población a la que se niega la satisfacción de necesidades básicas. Mientras que los pueblos originarios fueron apartados de la historia del desarrollo de la región en función de la extendida antinomia civilización-barbarie, la operación resultó mas compleja para el grupo nacional que dio los primeros pasos en el poblamiento “moderno” del territorio. En efecto, hacia finales de la década de 1960, y

³ Desde las primeras décadas del siglo XX, diferentes instituciones estatales que tuvieron a cargo la administración de la tierra urbana y rural en la zona: el Poder Ejecutivo Nacional, a partir de la conquista del territorio y la expropiación de los pueblos originarios, Parques Nacionales, a partir de la creación del Parque Nacional de Sur, en 1922 –luego Parque Nacional Nahuel Huapi–, y el Municipio, después de la provincialización del territorio y el traspaso de las tierras fiscales a la Municipalidad.

⁴ La norma fue ratificada dos años después por la Ley n° 12.913, y el artículo en cuestión continúa en vigencia incorporado a la Ley n° 23554 de 1988.

⁵ El tema llegó a plantearse en la Cámara de Diputados de la Nación, donde fue presentado un proyecto de pedido de informes al Poder Ejecutivo. (Cámara de Diputados, 2011).

en el contexto del arribo de importantes contingentes migratorios con una destacada presencia de trabajadores de origen chileno, la puesta en circulación y la resignificación de un conjunto particular de símbolos y discursos parece haber cobrado un impulso significativo, aportando una compleja salida que en buena medida perdura hasta nuestros días. Semejante salida involucra el desarrollo de un régimen de verdad (Foucault, 1980) en el marco del cual determinados discursos son excluidos y determinados sujetos son investidos con el poder-saber para hablar acerca de la historia local. En esta línea, interesa profundizar en torno a las operaciones de omisión, demarcación, énfasis y desplazamiento que se pueden leer en tales discursos, y en el momento en que tales operaciones son puestas en movimiento.

1968: un punto de inflexión

Como se verá en seguida, la evidencia sugiere que hacia 1968 confluyeron un conjunto de acontecimientos que impulsaron un reacomodamiento de distintos discursos, favoreciendo desplazamientos en los modos de pensar la emergencia y el desarrollo de la ciudad. Posiblemente uno de los más llamativos haya sido la modificación de la fecha de fundación de la localidad.

Por lo menos desde 1925, la fecha de aniversario establecida por los sectores dirigentes de ese entonces reforzaba la idea de que Bariloche emergió de la mano de la inmigración extranjera: el empresario chileno Carlos Wiederhold Piwonka fue considerado el fundador y primer poblador, y el día señalado como el de su arribo –8 de febrero de 1895– fue el elegido para el festejo en cuestión (Colección Frey, 1925). El propio hecho de festejar el aniversario de la localidad en torno a la llegada de Wiederhold Piwonka, implicaba un conjunto de interpelaciones ideológicas tendientes a designar lo que existe, lo que es bueno y lo que es posible (Therborn, 1987): se identificaba a la localidad con el orden capitalista, reivindicando un conjunto de valores asociados –la propiedad privada, la “civilización”, el “progreso”– y se desconocían a los habitantes establecidos con anterioridad al “primer poblador”. En este sentido, la elección de la fecha de marras implicó una clara definición de lo existente y de lo deseable, que delineó, en el mismo acto, sus opuestos: no existieron verdaderos pobladores antes de la llegada del empresario; el modo de vida de aquellos no-pobladores era indeseable, bárbaro. Hacia 1940, cuando se construye el emblemático Centro Cívico –la plaza central de Bariloche–, el conjunto de representaciones sintetizadas arriba fueron reforzadas mediante la designación del mismo como “Plaza Expedicionarios del Desierto”, y la erección de un monumento a Julio Argentino Roca, a cargo de la campaña militar. De este modo, el

pueblo quedaba asociado simbólicamente a la inmigración blanca, al desarrollo de las relaciones sociales capitalistas y a la expropiación de los pueblos originarios.

Ahora bien: además de empresario, el sujeto designado como fundador era chileno. En 1968, en un contexto de inmigración masiva con fuerte presencia de ciudadanos del país trasandino, de serias limitaciones para el acceso de estos últimos –y de los migrantes pobres en general– a viviendas con infraestructura básica en función del rigor del clima, y de crecimiento de las barriadas populares, se reunió en Bariloche el Primer Congreso de Historia Rionegrina.⁶ El Congreso adoptó una significativa resolución: establecer una nueva fecha de aniversario de la ciudad (Nuñez, 2004). A partir de ese momento, se tomaría como fecha fundacional de San Carlos de Bariloche el 3 de mayo de 1902, día en que el presidente Julio Argentino Roca firmó el decreto a través del cual se reservaban 400 hectáreas para la fundación de pueblos en los parajes Puerto Moreno y en el “denominado San Carlos” (*Boletín Oficial de la República Argentina*, 1902). La preexistencia de este último asentamiento se desprende del propio decreto, lo mismo puede decirse del papel atribuido a Carlos Wiederhold Piwonka, cuyo nombre designaba a la localidad. En efecto, el propio nombre de la ciudad, remite al comerciante trasandino –Carlos– y a su lugar de residencia: Bariloche constituye una deformación del vocablo *Vuriloche*, en mapuche, “gente que vive detrás de la montaña”.⁷

Se plantea, en este sentido, una cuestión de legitimidad. ¿Quiénes son los hijos legítimos de Bariloche? Y en seguida: ¿quiénes tienen derecho de acceder a la tierra urbana y rural? ¿Quiénes son sujetos de derechos sociales? Sobre este punto, resulta pertinente considerar que en América Latina, la idea del territorio como *res nullius* –cosa de nadie– que operó a partir de la conquista europea, habilitó desde lo representacional la expropiación de los pueblos originarios (Machado Araoz, 2010). Esta noción, utilizada como sinónimo de espacio deshabitado-desierto, jugó un papel central, como es sabido, en la época de la organización nacional definitiva de la Argentina. La llamada “Campaña del Desierto”, que llegó a la región donde hoy se encuentra emplazada la ciudad de Bariloche en 1881, estaba empapada de esa significación. Desaparecida la posibilidad del aporte indígena, en la medida en que su presencia es invisibilizada, ¿la localidad se desarrolló en función de la afluencia de la inmigración chilena o estos últimos resultaron poco menos que invasores? ¿Fundaron ellos mismos en la práctica la ciudad o la existencia de la misma es el resultado de una decisión del Estado nacional argentino? En cualquiera de los dos casos, de lo que se trata es de la

⁶ La convocatoria al Congreso, efectuada bajo la dictadura de Juan Carlos Onganía, fue acompañada por la creación de la Junta de Investigaciones y Estudios Históricas de la Provincia de Río Negro. Esta última se disolvió en 1971, momento en el que la radicalización política y la profundización de las luchas sociales que se iniciaron con el cordobazo comenzaron a impactar en Río Negro.

⁷ En lengua mapudungu, *Vurilo*, significa atrás del monte; *che*, gente. (Diccionario Mapuche, 2003).

construcción de lugares específicos, esto es, la asignación de sentidos diferenciados a un espacio determinado, en función de los cuales distintos sectores son legitimados y ciertas dinámicas sociales se reproducen. Así, si asumimos siguiendo a Lefebvre (1984) que los espacios geográficos son el resultado de una construcción social, y que en una sociedad de clases esa construcción está fuertemente influenciada por los intereses de los sectores dominantes, es de esperar que los discursos hegemónicos sobre la historia de la ciudad acompañen y refuercen la dominación material que se ejerce en el espacio urbano.

El mismo año que se resolvió el cambio de fecha de fundación, 1968, se publicó *El despertar de Bariloche*, de Exequiel Bustillo. Bustillo fue el primer presidente del directorio de Parques Nacionales, institución fundada en 1934, con jurisdicción sobre el Parque Nacional Nahuel Huapí, creado el mismo año sobre la base del anterior Parque Nacional del Sud. Antes que impulsar políticas de protección de la naturaleza, el objetivo central del Parque, de acuerdo al propio Bustillo, tenía que ver con la nacionalización de un territorio que se percibía poco integrado al resto del país y que debía ser protegido de ese “vecino inquieto y molesto” con ansias expansionistas, y del asentamiento ilegal de ciudadanos chilenos. (Bustillo, 1999: 13 y 75). En este sentido, se esperaba que el desarrollo del turismo –de elite– favoreciera la construcción de “paisajes patrióticos”, y la instalación de poblaciones turísticas que fortalecieran la presencia argentina en el territorio de cara a las posibles disputas de soberanía con Chile (Navarro Floria y Vejsberg, 2009; Piglia, 2010). Las importantes obras de infraestructura ejecutadas entre 1934 y 1943 –cientos de kilómetros de caminos, Hotel Llao Llao, Centro de deportes invernales en el Cerro Catedral, Centro Cívico, Hospital Regional, Intendencia de Parques Nacionales, entre otras–, estaban al servicio de ese objetivo. En palabras del autor, se procuró

“ (...) desarrollar a Bariloche como una gran ciudad central de frontera y con el magnetismo necesario para atraer desde el interior del país, la corriente demográfica que nos neutralizara la de Chile que empezaba ya ahogar o diluir el débil sentimiento nacional” (Bustillo, 1999: 281)

El autor se ubica a sí mismo como un continuador de la obra de Roca, que habría sido abandonada posteriormente, y presenta a Bariloche al momento de su llegada como una sociedad atrasada y extranjerizada.⁸ El desarrollo del pueblo es relacionado de manera directa con sus

⁸ Para un análisis en profundidad de la obra de Bustillo, puede verse Pedro Navarro Floria (2008).

gestiones, esfuerzo, sacrificio y contactos personales con distintos miembros de los sectores dirigentes de la época.

La política de Bustillo alentó, durante la década de 1930 y principios de 1940, la fractura de una lógica económica basada en el intercambio de bienes y capitales con Chile, reemplazándola por la ruta comercial atlántica, que vinculó directamente a Bariloche con Buenos Aires (Mendez, 2007). A finales de la década de 1960, la renovación y circulación de este discurso xenófobo antichileno formó parte de la puesta en escena de un conjunto de representaciones que contaban entre sus efectos el de contribuir a licuar la legitimidad a la que pudiese aspirar la población trabajadora migrante de San Carlos de Bariloche, conformada principalmente por chilenos y descendientes de los pueblos originarios. Desde luego, esto no implica negar el papel de los conflictos interestatales en la circulación de los discursos en cuestión. Justamente, el período coincide con una serie de incidentes menores en la frontera sur (Cisneros y Escudé, 2000: cap. 66). Independientemente de las diferentes fuerzas que motorizaron este tipo de representaciones, son indudables sus efectos estigmatizadores e invisibilizadores de chilenos e indígenas. De hecho, en el libro de Bustillo, estos últimos no forman parte de la realidad de las décadas de 1930 y 1940; salvo alguna rara excepción, no aparecen siquiera mencionados, dejando la impresión de que no existen.⁹

Vinculado a la idea de *res nullius* que mencioné más arriba, por momentos, la región a la que hace referencia es un espacio prácticamente vacío, un desierto conquistado aunque abandonado, con “algunos conatos de colonización que era más el daño que el bien que habían producido” (Bustillo, 1999: 13). Pero contradictoriamente, también aparece la idea de que “Año a año cientos de chilenos se les ve pasar la frontera e instalarse a voluntad, sin que nadie se lo impida” (Bustillo, 1999: 13). El discurso de Bustillo opera aquí sobre otra acepción de *res nullius*, asociada a la idea de que la propiedad no está definida por la presencia de sujetos sino por la puesta en producción (para el mercado) de la tierra (Meiksins Wood, 2003).

Hacia 1968, cuando se publica el libro de Bustillo, las problemáticas de la tierra y la vivienda se agravaban a medida que el *boom* demográfico se acentuaba como producto del crecimiento económico de la zona combinado con las escasas posibilidades de acceso legal a la propiedad. Desde finales de los años 60 y principios de los 70, miles de familias se vieron forzadas a desmontar terrenos en las afueras de la ciudad e instalarse en viviendas precarias sin ningún tipo de infraestructura (Abalerón, 1993). Tal situación parecía reproducir a una escala mayor ciertos escenarios alusivos al paisaje de la región antes de la llegada del Parque Nacional de acuerdo al discurso de Bustillo. Así, Villa La Angostura, no era más que “un pedazo de selva semidestruida,

⁹ Una de las pocas excepciones es cuando se refiere a un “araucano puro, de apellido Quintopuray” (Bustillo, 1999: 61), quien habría muerto por falta de atención médica.

con uno que otro rancho de aspecto miserable”; en cambio, luego de ser “fundada” por la Dirección de Parques Nacionales, la villa contó con “propiedades de cierta jerarquía, como lo fue la nuestra” - apunta Bustillo- además de otras pertenecientes a distintas familias aristocráticas, que “han convertido a esa villa en un importante centro veraniego y de resonancia notoria” (Bustillo, 1999: 291). Hacia fines de la década de 1960, Bariloche era un importante centro vacacional, al tiempo que su propio desarrollo fue generando “ranchos de aspecto miserable”, que cuestionaban su jerarquía. A medida que fue creciendo la ciudad, la población trabajadora, sin acceso a la propiedad, fue empujada a sus márgenes. Esa acción requirió no sólo de un aparato represivo –encargado de hostilizar a la población de las barriadas populares y de efectuar los desalojos- sino de la construcción de un discurso hegemónico capaz de desalojarlos también de los espacios de legitimidad. El período bajo análisis, en particular, parece haber sido particularmente productivo en este sentido.

Los reajustes y la puesta en circulación de estos discursos exceden el ámbito local, proyectándose por lo menos a nivel provincial. Al año siguiente de instaurada la nueva fecha de fundación de Bariloche, el gobierno provincial de la dictadura de Juan Carlos Onganía impulsó la modificación de otro símbolo, esta vez, del escudo de Río Negro. En la versión original, aprobada pocos años antes, aparecían elementos alusivos a la cultura indígena predominante –tejido mapuche– y distintos símbolos que remiten a lo nacional –la bandera– y a lo provincial –el mapa de Río Negro–. La impuesta en 1969 muestra a un indígena genérico –el indio Comahue, tomado de un monumento emplazado en la localidad rionegrina de Villa Regina–, lanza en mano, rodeado por laureles unidos en la base por un quepis militar y una cruz, aludiendo a la conquista y evangelización forzada. El Himno de la provincia, todavía vigente, presentado a mediados de los años 60 y aprobado por la legislatura provincial en 1975 (*Boletín Oficial de la Provincia de Río Negro*, 1975), ya restablecida la democracia, refuerza esta representación sin alegorías: “sobre el alma del tehuelche puso el sello el español” (Himno de la Provincia de Río Negro, 2012),¹⁰ proclama en una de sus estrofas la letra compuesta por el saleciano Raúl Entraigas, uno de los miembros más destacados del Primer Congreso de Historia Rionegrina que resolvió reubicar la fundación de Bariloche.

Mencionemos, para completar el panorama, dos discursos adicionales puestos en circulación en la época. En 1971, el Poder Ejecutivo Nacional determinó, mediante un decreto, que la ciudad rionegrina sería la sede la I Fiesta Nacional de la Nieve, evento que se realiza anualmente desde

¹⁰ La frase en cuestión ha sido crecientemente cuestionada; en 2010 se inició un debate en la Legislatura provincial en torno a su posible reemplazo, aunque hasta el momento la letra no ha sido modificada, lo cual ilustra la potencia y persistencia de las representaciones bajo análisis.

entonces. El evento, que se había organizado previamente a nivel local aunque sin periodicidad, tenía originalmente un carácter deportivo. Pero en 1966 incorporó una serie de actividades, entre las que figura la “Retreta del desierto” una representación que evoca un episodio de la “Campaña del desierto”, y que permanece en la programación hasta la actualidad. Otra de las actividades incluidas fue la elección de la “Reina de la Nieve”. Es de destacar que hasta el año 2006, no figura ningún apellido de origen indígena entre las ganadoras (Véase Municipalidad de San Carlos de Bariloche, 2007). La circulación de estos discursos, que contribuyó a invisibilizar y simultáneamente a justificar la precariedad de las condiciones de vida de los descendientes de los pueblos originarios que habitaron la región antes y después de la conquista del “desierto”, se multiplicó a través de textos de divulgación de distinta índole.

Continuidades y desplazamientos en los relatos históricos

Durante la década de 1980, el crecimiento migratorio experimentado por la ciudad alcanzó su *climax*: en 30 años, la población se había quintuplicado.¹¹ Como se mencionó, ese crecimiento estuvo protagonizado en buena medida por migrantes sin recursos provenientes de la vecina República de Chile y de las áreas rurales circundantes –en particular de la llamada “Línea Sur”, región ubicada hacia el Este de la ciudad–. En este marco no es casual que parte significativa de los símbolos y discursos puestos en circulación entre finales de los años ‘60s y principios de los ‘70s, fueran reproducidos por autores hoy considerados “clásicos” que han abordado la historia de Bariloche durante la década siguiente, aunque no sin adaptaciones y desplazamientos. Entre los más conocidos, se puede mencionar a Juan Martín Biedma y a Ricardo Vallmitjana; el primero vinculado a la academia, el segundo un escritor local.

Biedma, que publica “Crónica histórica del lago Nahuel Huapi”, en 1987, retoma la idea de la existencia desierto sin población después de la campaña de Roca, de un espacio que permanece vacío. De acuerdo a su relato, “La población autóctona nunca fue muy numerosa. Los sobrevivientes de las acciones bélicas fueron exterminados, trasladados a otros lugares de la República o emigraron a Chile” (Biedma, 1987: 215). Sin embargo, el autor no deja de citar en otro párrafo a un antiguo poblador que se refiere a la existencia de distintas tribus indígenas que vivían en la zona. (Biedma, 1987: 218). La presencia de los descendientes de los pueblos originarios y de los migrantes sin recursos contamina el desierto, lo niega. Dado que el concepto de *pionero* está

¹¹ De 15.995 habitantes registrados en 1960, se pasó a 81.001 en 1991, (INDEC 1960 y 1991) lo que implica un crecimiento poblacional del 506,4 por ciento.

asociado a la exploración de tierras vírgenes, la idea de espacio vacío le es complementaria y necesaria en la medida en que se asigna exclusivamente a la inmigración europea. Pero *pionero* es también aquel sujeto que da los primeros pasos en alguna actividad humana, es este caso, la producción de bienes y servicios bajo relaciones capitalistas. En este sentido, el espacio vacío puede leerse junto con la segunda acepción de *res nullius*, como vacío de “progreso”, es decir de capitalismo. El binomio espacio vacío-pionero incorpora esta ambigüedad y conforma pues un dispositivo discursivo que acompaña una interpretación realizativa (Derrida, 1997) en la medida en que son esos sujetos quienes acceden a la propiedad de las tierras que le es negada a otros inexistentes/improductivos.

Con todo, el mentado desarrollo económico es inviable sin fuerza de trabajo, por lo que la presencia de los trabajadores ya sea como indígenas o chilenos se cuele incluso en los relatos que pretenden desconocerla. Estas apariciones fantasmagóricas en las historias de la ciudad, condensan generalmente lo que es negativo: Biedma hace suya la representación del antiguo poblador antes mencionado que describe a los indígenas de cierta tribu como “tranquilos, aunque algo dados al abigeato, condición hereditaria”; otros son caracterizados como “indolentes, comilones y bebedores” (Biedma, 1987: 219). Sin embargo, curiosamente, en el mismo párrafo el autor permite agregar al testigo: “Nadie los protege; cualquier audaz usurpa sus derechos” (Biedma, 1987: 219). Biedma no se refiere a cuáles serían esos derechos, y mucho menos señala que los audaces no pueden ser otros que el Estado y los “pioneros”. Cabe entonces la siguiente pregunta: ¿deforma aquí el pasado deliberadamente el autor, omitiendo información clave? No lo parece, pues nada lo obligaba a incluir la última parte de la cita. Esta suerte de fisura puede pensarse en el marco del dispositivo espacio vacío – pionero introducido exitosamente mucho antes de que escriba Biedma. La ausencia de virtud que se desprende de lo pernicioso confluye con la idea de ausencia de población: tales sujetos son no pobladores en un espacio vacío, aunque lo ocupen crecientemente y de manera inocultable en el contexto de la migración masiva iniciada hacia la década de 1960. Dado que semejante dispositivo impide dar cuenta de la opresión a la que se ven sometidos chilenos e indígenas, las evidencias en ese sentido se cuelean inadvertidamente sin que puedan interpretarse.

Al igual que Bustillo, y a pesar de la descripción de la región como un espacio vacío, el autor advierte sobre “la constante penetración chilena”, que sumada a la ausencia de control fronterizo, “permitía un tránsito de haciendas y mercaderías con detrimento del Fisco y en beneficio para las arcas chilenas” (Biedma, 1987: 242). Aquí, Biedma respalda su afirmación en un informe policial de 1902, que sostiene que

“pasan del lado del pacífico criminales y chilotes o rotos que traen un pequeño número de terneros flacos a engordar y multiplicarse (...) De esta manera, en el otoño, al volver a Chile, no abonan derecho alguno de introducción y pasan libres los animales que trajeron flacos y han engordado gratuitamente, los que han podido alzar o arriar por el camino” (Biedma, 1987: 242).

Las actividades económicas y el intercambio practicados por las comunidades originarias de la región aparecen aquí como contrabando practicado por criminales que fusionan las figuras del aborígen y el chileno. Lo mismo ocurre con la asociación más conocida de lo mapuche a lo chileno, que abona en este esquema la idea de la invasión extranjera. La asociación de lo mapuche con lo chileno –por contraposición de lo tehuelche a lo argentino– tiene, por lo menos, un doble efecto. Al pretender para la historia previa a la creación de los Estados nacionales ciudadanía anacrónica, legitima a un tiempo la ocupación del territorio y la expropiación del pueblo originario más numeroso de la zona, a quien se le desconoce la nacionalidad argentina. Resulta significativa pues, la descripción paralela de la expansión de las actividades comerciales dirigidas por Wiederhold y luego por otros “pioneros”, que se enriquecieron rápidamente en función de la misma falta de controles.¹² En esta línea, Biedma dedica decenas de páginas a narrar las peripecias de personajes pertenecientes a la cultura occidental, como el caso de un *cow-boy* norteamericano devenido en flamante pionero de la región, instalado en tierras que habían pertenecido a la tribu del cacique Inacayal. La Historia regional, narrada a partir de anécdotas individuales, prácticamente no incluye anécdotas de indígenas o de chilenos, y cuando aparece algún comentario, por lo general se ubica en el terreno de lo que es pernicioso: delincuencia y alcoholismo versus espíritu emprendedor y de sacrificio de los pioneros.

Esta tendencia se repite, aunque con rasgos diferenciales, en el caso de Vallmitjana, que publicó una serie de cuadernillos de edición propia titulada “Historias de mi pueblo”, dentro de la cual el papel de los pueblos originarios en la historia de la región figura narrada en un pliego separado, uno de los más escuetos de la serie. Los restantes 24 cuadernillos,¹³ abundan en anécdotas

¹² El “pionero” Jorge Hube, por ejemplo, Cónsul argentino en Puerto Montt, fue al mismo tiempo director de la Compañía Comercial y Ganadera Chile Argentina, incompatibilidad por la que fue exonerado de su cargo después de ser acusado de contrabando. (Véase Vallmitjana, “Sociedad...”)

¹³ Los cuadernillos, de edición del autor y sin fecha ni lugar de publicación llevan como títulos: “Un Tejano en Nahuel Huapi”, “San Carlos 1895-1900”, “Sociedad Comercial y Ganadera Chile Argentina”, “A cien años de la Colonia Agrícola Nahuel Huapi”, “La aldea”, Navegación pionera-Puerto San Carlos de Bariloche”, “El proceder de un pionero. Primo Capraro”, “El monstruo del lago”, “Aborígenes en la colonia Agrícola Nahuel Huapi”, “De los caminos y primeros transportes en vehículos a motor”, “De fomento y municipio 1907-1939”, “Turismo pionero 1900-1965”, “Apuntes de escuela”, “Pilcaniyeu viejo”, “En tren de conocer el ferrocarril a Nahuel Huapi”, “Historia de esta esquina”, “Hotel parque”, “De boticarios médicos y farmacéuticos”, “De peces y pescadores”, “De nuestras montañas y

y detalles de la vida de distintos “pioneros”. Pero Vallmitjana da cuenta en el cuadernillo “Aborígenes en la colonia Agrícola Nahuel Huapi” de la existencia de una cantidad significativa de pobladores indígenas en la región a principios del siglo XX, mayormente venidos de Chile. A diferencia de la imagen homogénea del campo indígena propuesta por Biedma, menciona la existencia de “Un grupo laborioso y progresista” (Vallmitjana, “Aborígenes...”: 3), y cita un informe de la Oficina de Tierras y Colonias de 1909, en el que se hace referencia a distintas “mejoras” introducidas por familias indígenas. Se supone que estos indígenas “progresistas” habrían sido recompensados por el Estado mediante la adjudicación de lotes, ubicándolos en el mismo nivel que los inmigrantes occidentales:

“(...) el 14% de los adjudicatarios de tierras en la Colonia Agrícola Nahuel Huapi eran colonos de raíz aborígenes, lo que sugiere un trato igualitario y para nada discriminatorio en la distribución de tierras rurales” (Vallmitjana, “Aborígenes...”: 8).

Esta extravagante conclusión carecería por completo de sentido fuera del marco que le aporta el dispositivo al que me referí más arriba: el primer término del constructo espacio vacío – pionero habilita la omisión del carácter originario de estas comunidades, elemento que puesto en evidencia tornaría la idea del “trato igualitario y para nada discriminatorio” en un absurdo. En esta línea, lo que coexiste implícitamente a la proposición citada es la legitimidad de la expropiación de las tierras a los pueblos originarios y la imposición de nuevas relaciones sociales de producción,¹⁴ que transforman al territorio en productor de valores de cambio y al propio territorio en un valor de cambio más. Pero aún en el marco de estos presupuestos, el hecho de que la mayor parte de las concesiones a familias aborígenes eran de condición precaria –mencionado por el propio autor algunos párrafos antes–, queda desdibujada hasta desaparecer por la omnipresencia de la idea eurófila de pionero que es, en realidad, la única representación del sujeto capaz de desarrollar actividades productivas. Así, el planteo proporciona un argumento original para la alterización de indígenas y chilenos: se pretende que recibieron un trato igualitario al de los “pioneros”, por lo tanto sólo cabe concluir que si en el presente sus condiciones de vida divergen drásticamente, se debe a la acción u omisión de los propios actores, no a las políticas del Estado o al carácter opresivo del orden social imperante.

su gente”, “La catedral de Bariloche”, “Los cines del pueblo”, “El periodismo y otros medios en el pueblo”, “Isla Victoria”.

¹⁴ Para profundizar sobre las características que asumió este proceso en la región véase Delrío (2005)

Pero es preciso analizar estos contenidos teniendo en cuenta el las “Historias de mi pueblo” en su conjunto. Allí, los indígenas tienden a desaparecer del relato. Por ejemplo, en el cuadernillo de síntesis “A cien años de la colonia agrícola Nahuel Huapi”, que repite fragmentos de otros ejemplares de la serie, se plantea:

“Para completar el cuadro de poblamiento del lago es necesario agregar que los habitantes de aquellos campos eran mayoritariamente norteamericanos, y a principios de siglo en número, igualaban a los inmigrantes centroeuropeos. También residían allí algunos españoles y argentinos” (Vallmitjana, “A cien años...”: 10).

El autor oscila entre la anterior propuesta y la reproducción de la versión más habitual de invisibilización de los pueblos originarios. En efecto: en general, pueblos originarios, migrantes de zonas rurales cercanas e inmigrantes chilenos sin recursos existen, después de la “Conquista del desierto” sólo intermitentemente. En sus apariciones en escena, representan personajes incapaces de aprovechar las oportunidades que generosamente les brinda el Estado. La representación resultante es la de un mundo desprovisto de verdaderos conflictos, en el que no existió el exterminio y la expropiación de los pueblos originarios, sino un “(...) requerimiento impuesto por el ejército al cacique Modesto Inacayal y su gente –antiguos pobladores del lago– de trasladarse más al sur” (Vallmitjana, “Aborígenes...”: 1); en el que los aborígenes no fueron despojados sino que renunciaron a sus pertenencias por falta de interés: “Antonio Millaqueo tenía en realidad varios asentamientos minúsculos en distintos parajes y *seguramente* no demostró interés por aquellas parcelas” (Vallmitjana, “A cien años...”: 14, destacado mío).

En el caso de Biedma, se construye una alteridad que encuentra continuidad entre los “salvajes hediondos” dedicados a “comerciar el excedente del ganado robado” (Biedma, 1987: 120 y 121) que poblaban la región antes de la ocupación militar, y los “criminales y chilotes o rotos”, los indios “indolentes, comilones y bebedores” y los “dados al abigeato” (Biedma, 1987: 242); en el de Vallmitjana, el otro indígena/chileno se convierte en desposeído por propia decisión y/o incapacidad. En oposición, los artífices del progreso: la inmigración europea y norteamericana, primero, la migración de Buenos Aires, más adelante.¹⁵

¹⁵ Aunque exceda las posibilidades de este trabajo, vale la pena mencionar que a diferencia de lo ocurrido en los principales centros urbanos del país durante las últimas décadas del siglo XIX y principios del XX, la inmigración europea en Bariloche para la misma época no tuvo un carácter obrero, sino pequeñoburgués y capitalista. Así, más allá de la diferencia de escala, sin duda relevante, la clase trabajadora de Bariloche no se desarrolló en el marco de las combativas tradiciones del anarquismo y el socialismo que se hicieron presentes con vigor en Buenos Aires, entre otras ciudades. Este hecho no puede dejar de considerarse al momento de explicar la posterior falta de organización e

A diferencia de Bustillo, Biedma y Vallmitjana enfatizan el papel de los “pioneros”, son éstos quienes aparecen como figuras clave en la historia de la región; es sobre la base de su esfuerzo y sacrificio que el pueblo comenzó a desarrollarse. Este enfoque puede leerse en línea de continuidad con un conjunto de discursos desplegados a nivel local desde las primeras décadas del siglo XX que han sido diferenciados de las representaciones propuestas por actores como Bustillo, ligados al Estado central (Navarro Floria, 2008). Como se vió, la disputa sobre el lugar de los pioneros se reflejó, a su vez, en el establecimiento de una nueva fecha de fundación, desplazando a Carlos Wiederhold de la figura de fundador a la de “primer poblador”. De esta manera, ambos relatos tendieron a fundirse: al Estado central y a Roca en particular se le reconocen rasgos fundantes, centrales para el desarrollo de un discurso de defensa de la soberanía que resultó relevante en su momento; a los “pioneros” de origen europeo se les atribuye un destacado papel en el desarrollo local.

En lo que coinciden todos estos relatos es en promover una particular forma de hacer ver, hacer pensar y hacer hacer (Foucault, 1980) en Bariloche, tendiente a distintos niveles de invisibilización de los descendientes de los pueblos originarios y a la construcción del chileno como un otro peligroso, intruso y/o delincuente. De este esquema se pueden desprender sujetos legítimos, ilegítimos e inexistentes. Si la ciudad fue construida en función del esfuerzo y sacrificio de los “pioneros”, los actores vinculados a esa figura aparecerán como rectores naturales de los destinos locales. Como se mencionó, el énfasis en Wiederhold y otros empresarios - “pioneros” permite naturalizar el orden capitalista y reivindicar un conjunto de valores asociados –la propiedad privada, la “civilización”, el “progreso”–, desconociendo a los habitantes establecidos con anterioridad a los “primeros pobladores”, y justificando un lugar subordinado para quienes llegaron más adelante desprovistos de capital, especialmente si nacieron en el país trasandino. El problema habilita el interrogante sobre la medida en que se reproducen, rechazan o fagocitan estas representaciones en la visión del mundo de los sectores populares, compuestos mayoritariamente por descendientes de pueblos originarios, chilenos y población de origen rural en general. Este tema deberá examinarse en futuros trabajos.

Reflexiones finales

invisibilización de los sectores subalternos en la ciudad austral, contrastante con lo ocurrido en otras regiones de la Argentina.

A lo largo de este trabajo procuré mostrar cómo, en la historia reciente y en un período de migración masiva de trabajadores de origen chileno y de parajes rurales cercanos a San Carlos de Bariloche, la circulación de un conjunto de discursos hegemónicos sobre la historia de la ciudad asumió particular relevancia. Sostuve que ciertos elementos característicos de la territorialidad sostenida por los sectores dominantes a nivel local hasta finales de la década de 1960 daban lugar a interpelaciones que resultaban problemáticas en ese período. En particular, la idea de un desarrollo en el que lo chileno jugó un papel central, entraba en contradicción con el sostenimiento de un orden caracterizado por la denegación de derechos sociales elementales a parte significativa de los trabajadores provenientes de ese país. Sobre este punto, argumenté que la modificación de la fecha de fundación de la ciudad en 1968 resultó particularmente significativa, en el sentido de construir un origen en el que sea el Estado nacional quien juega el papel protagónico, al tiempo que se reservaba el protagonismo respecto al desarrollo a inmigrantes de origen principalmente europeo. Este tipo de representaciones acompañaron y avalaron un proceso de apropiación territorial y opresión social que cobró nuevo impulso en esa época, de la mano de la expansión económica de la ciudad.

A partir de la revalorización de las acciones del Estado nacional, gana espacio a su vez una doble invisibilización de las comunidades indígenas, que se asocia nuevamente a lo chileno a través de la asignación de esa nacionalidad a los pobladores de origen mapuche. En estos relatos, coexisten discursos que postulan la desaparición previa de los pueblos originarios, con otros que refieren a lo indígena-chileno como negatividad. Se trata de la postulación de dos vacíos territoriales que se solapan: la inexistencia de población, en el primer caso, la inexistencia de producción (capitalista) y de “progreso”, en el segundo; ambos legitiman la apropiación de esos espacios por parte de las clases dominantes en un marco de expansión económica sin redistribución del ingreso. La idea tradicional del desierto, que exonera del mundo de lo existente a los sujetos que viven en ese espacio, se alterna aquí con una versión menos ambiciosa, que los construye, cuando las presencias del pasado se actualizan con la migración presente, como indeseables.

Estas representaciones, que persisten en los relatos históricos producidos desde finales de la década de 1980, operan sobre la base de un dispositivo discursivo compuesto por la idea de espacio vacío a la que ya me referí y la figura del *pionero*. Esta última, al presuponer el carácter capitalista de ese sujeto, es asimilada a cierta inmigración europea, desplazando de la escena a los trabajadores de origen chileno e indígena, que objetivamente superan en número a los anteriores en todas las etapas de la historia de la ciudad. De este modo, unos son reivindicados y otros son invisibilizados y expulsados de las construcciones del ser barilochense presentes en las representaciones hegemónicas, contribuyendo discursivamente al sostenimiento de un orden social a todas luces

opresivo y xenófobo. Las evidencias sobre la fortaleza y la persistencia de tales representaciones exhortan a continuar contribuyendo a su deconstrucción.

Referencias

Fuentes

BIEDMA, Juan Martín *Crónica Histórica del Nahuel Huapi* Buenos Aires, Emecé, 1987.

BOLETÍN OFICIAL de la Provincia de Río Negro (1975) Ley N° 1037/75. Adopta Himno Provincial Oficial. 24 de julio

BOLETÍN OFICIAL de la República Argentina (1902) Decreto del Poder Ejecutivo Nacional del 3 de mayo “Reservando para fundación de pueblos, cuatrocientas hectáreas en cada uno de los puntos que se citan del territorio de Neuquén y Río Negro” 5 de mayo.

—— (1945) Decreto Ley 15.385/44 de Creación de Zonas de Seguridad, artículo 4. 25 de abril.

BUSTILLO, Exequiel (1999). *El despertar de Bariloche*, Buenos Aires: Sudamericana

CÁMARA DE DIPUTADOS DE LA NACIÓN (2011). Expediente 0750-D-2011, en <http://www1.hcdn.gov.ar/proyxml/expediente.asp?fundamentos=si&numexp=0750-D-2011>, acceso a Web julio de 2012

COLECCIÓN FREY (1925) Comisión Organizadora de los Festejos por el 30° aniversario de la fundación de Bariloche, Archivo de Historia Regional, Biblioteca del Museo de la Patagonia, San Carlos de Bariloche

CORNAGLIA, Miguel Ángel. (1991), *Bariloche, su pasado y su gente, Plus Ultra*, Buenos Aires, Argentina

DICCIONARIO MAPUCHE (2003) Buenos Aires: Guadal

HIMNO DE LA PROVINCIA DE RÍO NEGRO (2012) en <http://www.rionegro.gov.ar/?contID=381>, acceso a web diciembre de 2012

INDEC – Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (1947) Censo General de la Nación 1947.

—— (1960) Censo Nacional de Población y Vivienda 1960.

—— (1970) Censo Nacional de Población y Vivienda 1970.

—— (1980) Censo Nacional de Población y Vivienda 1980.

—— (1991) Censo Nacional de Población y Vivienda 1991.

—— (2001) Censo Nacional de Población y Vivienda 2001.

MUNICIPALIDAD DE SAN CARLOS DE BARILOCHE (2007). “Datos históricos”, en http://www.bariloche.gov.ar/upload/SECRETARIA%20DE%20TURISMO/3695_Datos%20Historicos.pdf, acceso a web diciembre de 2012.

SCHLÜTER, Regina (1994). “Costos y beneficios del ecoturismo. El Caso S. C. de Bariloche”, en *Estudios y Perspectivas en Turismo*, 3(2).

VALLMITJANA, Ricardo (1989) *Bariloche mi pueblo*, Buenos Aires: Fundación Antorchas.

— (s/f) “Sociedad Comercial y Ganadera Chile Argentina”, edición del autor.

— (s/f) “Aborígenes en la colonia Agrícola Nahuel Huapi”, edición del autor.

— (s/f) “A cien años de la Colonia Agrícola Nahuel Huapi”, edición del autor.

Bibliografía

ABALERÓN, Carlos (1992). “Tendencias del crecimiento poblacional y espacial en San Carlos de Bariloche con énfasis en el sector marginal”, Informe, Bariloche: Fundación Bariloche.

— (1993). “Las transformaciones del espacio rural en el área periurbana: el caso de la periurbanización marginal de San Carlos de Bariloche”, Informe, Bariloche: Fundación Bariloche.

BANDIERI, Susana (2005). *Historia de la Patagonia*. Buenos Aires: Sudamericana.

BENCLOWICZ, José (2012). "Migraciones y representaciones populares en una ciudad turística. Notas sobre San Carlos de Bariloche" en *Diálogo Andino*, N° 40, diciembre.

CERRUTTI, Ángel y Cecilia PITA. (1994). “Migración y refugio económico. Los chilenos en la Patagonia. El caso del territorio del Neuquén 1880-1914”, en *Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, n°2, Roca: UNCo

DELRIO, Walter (2005). *Memorias de expropiación Memorias de expropiación. Sometimiento e incorporación indígena en la Patagonia, 1872-1943*, Bernal: UNQ.

DERRIDA, Jacques (1997). *Historia de la mentira: Prolegómenos*, Buenos Aires: Oficina de publicaciones del CBC - Universidad de Buenos Aires

ESCUDE, Carlos y Andrés CISNEROS (2000) *Historia de las Relaciones Exteriores Argentinas*, http://www.argentina-rree.com/home_nueva.htm, acceso a web diciembre de 2012.

FOUCAULT, Michel (1980). “Verdad y poder” en *Microfísica del poder*, Madrid: La Piqueta, 1980.

FUENTES, Ricardo D. y Paula NUÑEZ (2007). *Sectores populares: Identidad cultural e historia en Bariloche*, Bariloche: Núcleo Patagónico.

GOBANTES, Catalina (2011). “Migraciones laborales entre la Isla de Chiloé (Chile) y Patagonia Austral: relaciones históricas y cambios recientes en un espacio transnacional” en Nuñez, Paula (comp.) *Miradas Transcordilleranas*, Bariloche: IIDyPCa-UNRN-CONICET

HARVEY, David (2007). *Espacios del Capital*, Madrid: Akal

JENSEN, Florencia y Gimena PERRET (2011). “Migrar cruzando la cordillera: entre el ayer y el hoy, entre el exilio y la migración ‘económica-cultural’ en Nuñez, Paula (comp.) *Miradas Transcordilleranas*, Bariloche: IIDyPCa-UNRN-CONICET

KROPFF, Laura (2002) “Indios, chilotes y vecinos en una ciudad patagónica”, en *Cuadernos de antropología social*. Dossier n°16 “Conflictos interétnicos en la sociedad contemporánea”, Buenos Aires: FFyL-UBA.

LEFEBVRE, Henri (1984). *La Producción del espacio*, Barcelona: Anthropos.

MATOSSIAN, Brenda (2010). “Expansión urbana y migración. El caso de los migrantes chilenos en San Carlos de Bariloche como actores destacados en la conformación de barrios populares” en *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Barcelona: Universidad de Barcelona, vol. XIV, n° 331 (76), 1 de agosto.

MACHADO ARÁOZ, Horacio (2010) Territorio, colonialismo y minería transnacional. Una hermenéutica crítica de las nuevas geografías del imperio” ponencia presentada en *III Jornadas del Doctorado en Geografía. Desafíos Teóricos y Compromiso Social en la Argentina de hoy*, La Plata: Universidad Nacional de La Plata, 29 y 30 de septiembre

MEIKSINS WOOD, Ellen (2003). “El imperio del Capital”, Madrid: El Viejo Topo.

MÉNDEZ, Laura (2007). “Bariloche, 1880-1935: procesos migratorios, prácticas políticas y organización social”, en RUFFINI, Martha y Ricardo MASERA (coords.). *Horizontes en perspectiva. Contribuciones para la historia de Río Negro, 1884-1955*. Vol. 1. Viedma: Fundación Ameghino y Legislatura de Río Negro

MÉNDEZ, Laura (2011). *Estado, frontera y turismo*, Buenos Aires, Prometeo

MÉNDEZ, Laura y Jorge MUÑOZ SOUGARRET (2012) “Capitales privados, naciones en alerta. El caso de la Chile- Argentina en la Norpatagonia (1900-1920)”, ponencia presentada en el *III Congreso Latinoamericano de Historia Económica San Carlos de Bariloche* Bariloche, 23 al 27 de Octubre.

MUÑOZ SOUGARRET, Jorge (2011) “El Trabajador en movimiento. La crisis fabril de Osorno y el desplazamiento de los trabajadores chilenos hacia el Territorio Nacional de Río Negro (1890-1920)” en Nuñez, Paula (comp.) *Miradas Transcordilleranas*, Bariloche: IIDyPCa-UNRN-CONICET

NAVARRO FLORIA, Pedro (2008) “El proceso de construcción social de la región del Nahuel Huapi en la práctica simbólica y material de Exequiel Bustillo (1934-1944)” en *Pilquen*, n°10, Viedma.

NAVARRO FLORIA, Pedro y Laila VEJSBERG (2009). “El proyecto turístico barilochense antes de Bustillo: entre la prehistoria del Parque Nacional Nahuel Huapi y el desarrollo local”, en *Estudios y perspectivas en turismo*, vol.18, n.4

NÚÑEZ, Paula (2004) “Un municipio alejado, una actividad tangencial y los efectos de un profundo cambio institucional: San Carlos de Bariloche 1958 – 1970”, en *Cuadernos del Sur* n° 33, Buenos Aires

PIGLIA, Melina (2010) “De la Dirección de Parques Nacionales, a la Administración General de Parques Nacionales y Turismo: primeras experiencias de una política turística nacional centralizada (1934-1950)” ponencia presentada en *V Jornadas de historia política comparada*, Mar del Plata: UNMdP

PLATÓN (1993). *Diálogos*, México: Porrúa

SANTOS, Milton (1996). *De la totalidad al Lugar*, Barcelona: Oikos-Tau

THERBORN, Göran (1987). *La ideología del poder y el poder de la ideología*, Buenos Aires: Siglo XXI.